

mas de doscientos piés de largo y de mas de ochenta de ancho; en esta tienen, arrimada al convento, su capilla, hecha de cal y canto y de bóveda, con algunos lazos, y á esta llaman San Francisco. Sobre esta ramada se ponen cada dia, muchos años há, poco antes de anochecer, dos pájaros llamados en aquella lengua guenquenbac, y á veces no mas de uno, aguardando á que salgan los murciélagos, de que hay mucha abundancia en aquella tierra, y en viendo salir alguno luego se abaten y abalanzan á él, y sin remision le cogen; parecen estos pájaros mucho á los alcotanes. Aquella ramada está dentro de un patio cuadrado, en que hay muchos naranjos puestos por órden, y cuatro capillas, en cada esquina la suya. Dentro deste patio, arrimada á la iglesia, está la escuela de los indios, la mejor de toda aquella provincia, de donde mas y mejores cantores salen, porque tienen renta para los maestros y fiscales, y así se tiene en todo muy gran cuidado. Puso en órden aquella escuela, en tiempos pasados, un fraile lego llamado fray Juan de Herrera, muy hábil y de muy buenas trazas y gobierno, el cual enseñó muchos nauatlatos de nuestra lengua castellana, y con deseo de padecer martirio, pasó despues á lo de México y de allí á los chichimecas, donde le mataron aquellos infieles bárbaros. Para el servicio desta escuela hay otra anoria dentro della, de donde llevan encañada agua á una pila que está en el patio de la iglesia, para que beba la gente en las Pascuas y otras fiestas solemnes en que hay concurso de indios. Moraban en aquel convento cuatro religiosos; visitólos el padre Comisario, y detúvose con ellos cuatro dias: todos los indios de aquella guardianía son mayas.

Lunes veintiseis de Septiembre salió de Mani el pa-

dre Comisario, de madrugada, y andadas dos leguas de camino algo pedregoso, llegó, antes que fuese de dia, á un buen pueblo de la mesma guardianía llamado Mama. Recibiéronle los indios con muchas ramadas, luminarias y música de flautas y algunos bailes; dióles las gracias y pasó adelante, y andada otra legua del mesmo camino, llegó á otro pueblo de la mesma guardianía llamado Tikit, ya de dia claro, donde se le hizo el mesmo recibimiento, con mucho concurso de indios é indias; junto á la iglesia deste pueblo hay una hoya muy honda, y abajo una como cueva ó covacha de agua, de que bebe todo el pueblo; solian bajar las indias con grandísimo trabajo y peligro á sacarla, y un fraile guardian de Mani hizo hacer tres escaleras de piedra, que llegan abajo, por las cuales suben agora y bajan con facilidad, sin peligro ninguno. Pasó adelante el padre Comisario por poder llegar á comer al convento de Humun, que está cinco leguas de allí, y andadas las dos y media de camino muy pedregoso, llegó ya tarde á una aguada ó zonote llamado Ochil, donde antiguamente hubo un pueblo de indios: allí estaba el cacique de Humun y otros muchos de aquel pueblo, y en una ramada que tenían hecho de prestado, tenían aderezado el almuerzo para el padre Comisario, el cual le sirvió tambien de comida. Detúvose allí como una hora, y prosiguiendo su viage, andadas otras dos leguas y media de algo mejor camino, llegó muy cansado y fatigado al pueblo y convento sobredicho de Humun, donde se le hizo muy buen recibimiento con mucha gente y algunos bailes, y unos enmascarados que, bailando y haciendo gestos y monerías muy vistosas, remedaban tambien, muy al natural, el canto de unos pájaros noctur-

nos de aquella tierra: hubo música de flautas y trompetas, y salieron muchos indios á caballo. Es aquel pueblo de mediana vecindad, de indios mayas, de los cuales son tambien los demás de la guardianía; de todos los pueblos acudieron los principales con presentes de gallinas y con algunos rácimos de plátanos. Hay en Humun una anoria con que sacan agua para todo el pueblo, y hay en su comarca algunos zonotes en que se dan muchos vagres.

El convento, cuya vocacion es de San Buenaventura, tenia acabado el claustro bajo y cuatro celdas altas y una otra en que está el Santísimo Sacramento, hechas todas de cal y canto; tiene una pequeña huerta con algunos naranjos y chicozapotes, y en ella un pozo de que se saca agua á brazos: para los indios hay su ramada y capilla como en los demás pueblos. Moraban allí dos religiosos; visitóles el padre Comisario, y detúvose con ellos aquel dia y el siguiente.

*De como el padre Comisario llegó al convento de Mérida, y de unas nuevas que recibió de España cerca de los negocios de México.*

Estando el padre Comisario en aquel convento de Humun, mártes veintisiete de Septiembre, recibió una carta de fray Pedro de Zarate (el que, como dicho es, hacia sus negocios en España), su fecha en el puerto de Ocoa á treinta de Agosto de aquel año, en que le decía como venia en la flota y que le traia un duplicado de

la patente del padre fray Francisco de Tolosa, Ministro general, de la confirmacion de su oficio, y otro de la cédula real en conformidad de aquella patente, y daba aviso de que el dicho padre Ministro general habia llegado á Madrid, y quitado de su oficio de Comisario general de Indias al padre fray Hierónimo de Guzman, y puesto en su lugar á otro padre de la provincia de la Concepcion, llamado fray Antonio de San Cipriano, y que enviaba á un hermano deste llamado fray Bernardino de San Cipriano á lo de México por juez, para castigar las alteraciones de los frailes de aquella provincia, y que venia en aquella flota; y no declaró mas cerca desto diciendo que no lo haria porque iba aquella carta á la ventura, que no sabia si le hallaria en aquella provincia de Yucatan, porque antes le habian dicho que estaba en la Habana, y que para allá le escribia largo: y decia tambien en su carta el Zárate que estando ya la flota para partirse, habia llegado á Sevilla el dicho padre San Cipriano con sus recados para los negocios de México, pero, como dicho es, no declaró si venia por Comisario general ó no; presto empero se sabrá esto, pero primero conviene que se dé fin á la visita y se tenga capítulo.

Miércoles veintiocho de Septiembre salió el padre Comisario de dia claro de Humun, y andadas dos leguas de buen camino, llegó temprano á decir misa al pueblo y convento de San Francisco de Hocaba, dónde fué muy bien recibido con algunas ramadas, bailes y danzas; salieron muchos indios á pié y á caballo con algunas invenciones, y junto á la iglesia habia mucho concurso de gente, muchas cruces y andas, con música de flautas y trompetas. El pueblo es pequeño, de indios mayas y de los mismos son los demás de la guardianía, hay en él

una anoria y pila de que toman agua para el sustento de todos los vecinos, y desta entra una poca en el convento para regar una hortecica y para el servicio de la casa. El convento es un solo cuarto con cuatro celdas altas, y refectorio y oficinas bajas hecho todo de cal y canto; tiene asimesmo una sala baja en que se guarda el Santísimo Sacramento, pegada á la cual está la capilla y ramada de los indios. Moraban allí dos religiosos; visitólos el padre Comisario, y detúvose con ellos aquel dia y el siguiente.

Viernes treinta de Septiembre salió de Hocaba el padre Comisario tan de madrugada, que apenas eran las doce de la media noche, y andadas tres leguas de camino llano y carretero, llegó á un poblecito pequeño de aquella guardianía llamado Ciye. Recibiéronle los indios á aquella hora con muchas luminarias y un baile y una danza; dióles las gracias y prosiguió su viage, y andadas otras cinco leguas del mesmo camino, llegó ya de dia ántes que el sol saliese á otro pueblo pequeño llamado Tecanantzil, de la guardianía de Merida, dónde fué muy bien recibido, y habiendo descansado en la iglesia como media hora, prosiguió su tarea, y andada otra legua del mesmo camino, llegó á decir misa al convento de Mérida muy de mañana, y cogió á los frailes tan descuidados, que hasta que estaba dentro no fué sentido, porque nunca creyeron ni aun imaginaron que con una jornada de nueve leguas habia de llegar tam de mañana; y lo que más los espantó, fué verle decir misa despues de una madrugada tan grande y de tantas leguas de camino. Predicó el padre Comisario el dia de nuestro padre San Francisco allí en nuestro convento; oyóle el Obispo y el gobernador y toda la cibdad, y to-

dos quedaron muy contentos con su sermon y doctrina, hizóse la fiesta con mucha solemnidad y espiritual regocijo. Despues se visitó el convento, que ya no quedaba otro por visitar, y en su visita y en otras cosas tocantes á la provincia, se detuvo el padre Comisario hasta los quince de Octubre, que era el dia en que se habia de hacer eleccion de provincial y difinidores.

*De como el padre Comisario general celebró capítulo provincial en la provincia de Yucatan.*

Sábado quince de Octubre de mil quinientos ochenta y ocho años, juntos todos los capitulares en el convento de la Madre de Dios de Mérida, de Yucatan, se dijo con mucha solemnidad la misa del Espiritu Santo como es uso y costumbre para semejantes actos y elecciones. Luego se juntaron todos los frailes á capítulo, en el cual, á vocales y á no vocales, predicó un religioso viejo y honrado con mucho espíritu y erudicion; acabado el sermon se quedaron los capitulares solos con el padre Comisario, y se comenzó la eleccion de provincial, y al segundo escrutinio salió canónicamente electo en provincial otro religioso viejo, muy honrado y ejemplar, llamado fray Alonso de Riofrio, que vino al capítulo con la voz del convento de Itzmal, de donde era guardian. Luego se procedió á la eleccion de los difinidores, la cual, aunque fué algo espaciosa, al fin se concluyó bien y muy á gusto de todos, porque salieron electos cuatro frailes muy religiosos y de mucho gobierno y

autoridad, y con su elección y la del provincial todos los frailes se regocijaron y la cibdad mostró mucho contento.

Domingo diez y seis de Octubre fueron todos los frailes en procesion á la iglesia catedral con muchas cruces, cantando el himno *Te Deum laudamus*, acompañados de todo lo principal de aquella cibdad; salieronlos á recibir los prevendados y otra mucha gente, puestos asimesmo en procesion. Iba vestido con capa el nuevo provincial, el cual dijo la misa mayor, con uno de sus difinidores y un guardian por ministros, y hizose todo con mucha fiesta y solemnidad. Predicó al pueblo el padre Comisario, y acabada la misa se volvieron todos al convento, y luego, despues de comer, se prosiguieron los negocios del capítulo, en el cual se hallaron treinta y cinco frailes; y era tanta la paz, quietud y silencio que entre todos habia, que cierto admiraba, parecia que no habia nadie en casa. Hizose, finalmente, todo con mucho concierto, llaneza y conformidad, de que todo el pueblo quedó muy edificado. Acudieron indios de toda la provincia con los guardianes viejos, y á llevar los nuevos, y trujeron mucho número de gallinas de las de la tierra y de las de Castilla; muchos pollos, iguanas, huevos y melones sin cuento; jarros y cántaros, plátanos, pitahayas y otras frutas, con que los religiosos se consolaron y recrearon. Tambien acudieron los vecinos españoles con algunas terneras, carneros y cabritos, que toda es gente ahidalgada y muy devota de nuestro estado.

Miércoles en la tarde, diez y nueve de Octubre, se leyó la tabla del capítulo, y luego otro dia se comenzaron á ir á sus casas los capitulares, alabando toda la tierra, así eclesiásticos como seglares, la rectitud, prudencia y

equidad con que en todo se habia procedido. Despedidos los frailes, se quedó en Mérida el padre Comisario con el provincial y difinidores á expedir y concluir algunos negocios, lo cual acabado, se fueron los difinidores á sus conventos, y él se detuvo en el mismo de Mérida hasta los veinticuatro del mes de Enero del año siguiente de ochenta y nueve, que se partió para Campeche, y de allí para la provincia de México, por mandado del nuevo Comisario general, que llegó á aquella tierra, come presto se verá. En este interin predicó en Mérida algunos sermones, así en nuestra casa como en la iglesia catedral, con grande aplauso de todos, porque de todos era querido y amado, y de todos estimada y tenida en mucho su doctrina, y recibió otra carta de fray Pedro de Zárate, escrita desde la Veracruz, en que le decia lo mesmo, en sustancia, que desde Ocoa le habia escrito, sin declarar si el padre que iba á los negocios de México era ó no Comisario general, y pediale con mucha instancia se partiese para allá con mucha brevedad, porque importaba.

*De como llegó en la flota nuevo Comisario general á la Nueva España, y de la pérdida de la nao Almiranta con mucha gente della.*

Al fin de Septiembre y por principio de Octubre de aquel mesmo año de ochenta y ocho, llegó al puerto de San Juan de Ulúa la flota de la Nueva España, que tan deseada habia sido de todo aquel nuevo mundo, y

aunque á todos causó alegría y consuelo muy grande, ver que hubiese llegado toda en salvamento á vista de la isla y de la tierra firme; no fué, empero, cumplido este contento, sabiendo que no iba en ella nuevo Virey, que era lo que todo aquel reino generalmente deseaba y habia menester. Tambien se recibió pena y tristeza excesiva por la pérdida de la nao Almiranta de aquella flota, que con un Norte recísimo se hizo pedazos á la entrada del mismo puerto, en unos arrecifes, y por la muerte de mas de ciento ochenta hombres de los que iban en ella, que perecieron á vista de todos, sin que los pudiesen remediar. Era cosa espantosa y de mucha lástima ver por aquella playa tanto cuerpo muerto, y no se podia dejar de sentir, y aun llorar, ver á los pobres pelear con un enemigo tan poderoso como es la mar, ayudada por la furia y ímpetu del viento, el cual era tan recio y furioso, que, aunque se echaron muchos al agua pensando escapar á nado, ni los dejaba tomar tierra, ni hacer pié, antes á unos quitaba la vida sumergiéndolos, con otros daba en las peñas y los hacia pedazos, y otros morian miserablemente de los recios golpes que les daban los maderos que se desclavaban del navio; espectáculo por cierto muy triste y lamentable. Con todo esto, fué Dios servido, que se escaparon el Almirante y mas de otras cien personas, con ayuda de muchos barcos que acudieron á remediarlos, aunque con mucho trabajo y peligro. Dijose por cosa cierta, como lo fué, que pocos dias antes que sucediese este infortunio tan grande, un mozo de la misma nao comenzó á dar voces y á decir que se habian de anegar los que en ella iban y él con ellos, y que pusiesen enmienda en sus vidas, avisando á algunos de pecados

públicos en que éstaban, pero los de la nao hicieron burla dél, y teniéndole por loco le aprisionaron, mas él no por eso dejaba de decirles que hiciesen penitencia, porque se habian de perder, pero no fué creído y la nao se perdió y con ella la gente referida, y entre ella el mozo que se lo anunciaba y predicaba.

En esta flota, en una nao llamada *Santa Inés*, fué por Comisario general de todas las provincias de la Nueva España, sucesor del padre fray Alonso Ponce, el padre fray Bernardino de San Cebrian, de la provincia de la Concepcion, el mesmo que fray Pedro de Zárate habia escrito desde Ocoa y desde la Veracruz, que iba á entender en los negocios de la provincia del Santo Evangelio, sin declararse mas, como atrás queda referido. Llegó su nao al puerto, último de Septiembre, y con él el custodio que la mesma provincia habia enviado al capítulo general, en el cual fué privado de la voz que llevaba, porque al tiempo de su eleccion estaba descomulgado el provincial que tuvo el capítulo, y la confirmó. Este mesmo provincial, que era fray Pedro de San Sebastian, el cual se intitulaba (como dicho es) Comisario de la provincia, tenia puesto en el puerto un fraile para que en llegando la flota, y sabiendo que en ella iba Comisario general, fuese luego por la posta á México á darle aviso, el cual cumplió tan bien su mandado que luego entró en la nao en que iba el padre Comisario, y habiéndose informado de presto de la verdad, se salió del navio sin hablar al nuevo prelado; y vuelto á tierra, se dió tan buena prisa á caminar, que llegó á San Francisco de México el dia de Nuestro Padre San Francisco por la mañana, estando los frailes en los oficios divinos: y por tan buena nueva como llevó,

fué fama que fray Pedro de San Sebastian le dió una cruz de oro que valia cien pesos. Hallóse á la sazón en el mesmo convento el Virey, que habia ido á la solemnidad de la fiesta, y sabida esta nueva de boca de fray Pedro de San Sebastian, que luego muy alegre se la llevó, mostró mucha alegría y contento, y aun, no pudiendo disimularlo, lo dijo y publicó en voz alta á los circunstantes, y por él, y por los frailes rebeldes, se comenzó luego á divulgar por toda la tierra, mostrándose todos muy ufanos, diciendo que habian salido con la suya, pues el padre fray Alonso Ponce no habia ya de gobernarlos, y aun afirmaban que tampoco entraria jamás en aquella provincia.

*De como el nuevo Comisario general fué recibido por los frailes de la provincia de México, y entró en aquella ciudad y absolvió á los descomulgados, y desterró algunos dellos á Michoacan.*

Luego como el nuevo padre Comisario general tomó tierra en la Nueva España, fué recibido con mucha fiesta de otros frailes que fray Pedro de San Sebastian tenia puestos en la Veracruz y en la banda de Buitron; y haciéndole grandes fiestas y recibimientos por todo el camino, llegó finalmente á Tlaxcalla, donde le recibieron los padres de aquella provincia, y le dieron la obediencia, tratándolos él á todos con tanta familiaridad, llaneza y sumision, que dió ocasion á que los rebelados tomasen nuevas alas, y se comenzasen de nuevo á en-

greir, pensando que ya le tenian muy humillado y sujeto, y que habian de negociar con él á su gusto y hacer dél lo que quisiesen, y aun esto temieron muchos de los de dentro y de fuera de la orden que celaban la justicia, y deseaban que se hiciese de los desatinos pasados, y permanecieron muchos dias en este temor hasta que vieron que los comenzó á castigar, como presto se dirá.

Deseaba mucho el Obispo de Tlaxcalla verse con el nuevo Comisario antes que llegase á México, y procurólo con cartas y por otros medios, pero á instancia (segun se dijo) del Virey, y por negociacion de los frailes, y aun por ventura con cautela y astucia del mesmo Comisario, porque via que así convenia, se fué derecho desde Tlaxcalla á México sin tocar en la Puebla de los Angeles, donde estaba el Obispo, lo cual aumentó algun tanto más el temor sobredicho. Hizósele en México por parte de los frailes el más solemne recibimiento que jamás se ha hecho á ningun otro Comisario, y el Virey por la suya procuró atraerle á su opinion, y á que hiciese su voluntad en lo que tocaba á los negocios pasados; pero el padre Comisario usó con él y con ellos de tales términos, y con tanta prudencia se supo valer con todos, que con esto y los buenos y bastantes recados que llevaba, así del Rey como de la orden, ganó al Virey la voluntad y á los frailes hizo tener á raya. Absolvió por su persona, y por un Comisario que para ello hizo, á todos los descomulgados, los cuales juraron de pasar por lo que los sentenciasen, vistos los procesos que estaban en poder del padre Ponce; y un dia quando más seguros estaban, y quando ellos pensaban que le tenian más rendido, los juntó en Santiago Tlatilulco, y en virtud de

una patente que llevaba de nuestro padre Ministro general, desterró para la provincia de Michoacan á cinco dellos, que fueron fray Pedro de San Sebastian, fray Diego Marquez, su secretario, fray Bernardo de los Olivos y fray Francisco Vazquez, difinidores, y fray Antonio de Salazar, el que estaba puesto por guardian en San Francisco de México; dejando de desterrar algunos otros que, segun se dijo, iban nombrados en la sobredicha patente, por parecerle que así convenia y que no era cosa conveniente echarlos á todos de golpe. Ellos quedaron espantados y atónitos, viendo lo que nunca pensaron que sucediera, confiados en el Virey, y hallándose burlados y defraudados de su humana y vana esperanza, llenos de angustia y con grande sentimiento dijeron algunos dellos aquello del Espíritu Sancto: *Maledictus homo qui confidit in homine*. «Maldito es el hombre que confia en otro hombre», más con todo esto, no olvidados de su manera de negociar antigua, acudieron al Virey pretendiendo valerse de su poder, como hasta allí lo habian hecho, y evadirse de aquel destierro; mas el Virey que no podia hacer otra cosa, y ya estaba prevenido de parte del padre Comisario, los despidió diciéndoles que obedeciesen á su prelado, creyendo por ventura que con aquel destierro se acababa todo el castigo y pena que merecian sus culpas pasadas tan públicas y escandalosas; aunque alcanzó del padre Comisario que diese cierta comision al fray Pedro de San Sebastian, con que pareciese que iba honrado, de la cual él usó en lo de Michoacan, y por ello fué muy murmurado, aunque mucho más el Comisario que se la dió, el cual se excusaba diciendo haberlo hecho por dar gusto al Virey, porque no estorbaba aquel destierro, y lo demás que que-

ria hacer con ellos; y era tanta y tan grande la ceguera de fray Pedro de San Sebastian, que estando desterrado en Michoacan, cuando escribia á algun fraile de la provincia de México, se firmaba y intitulaba Comisario general della; cosa bien ridiculosa.

*De como el padre Comisario general nuevo, envió á llamar al padre Ponce, y lo que cerca desto le pasó con el Virey.*

Llevaba intento el nuevo Comisario, y aun por ventura orden de España, de no hacer nada en la provincia del Santo Evangelio, cerca de los negocios pasados, sin primero comunicarse con el padre fray Alonso Ponce, su antecesor, lo cual era muy conforme á razon, pues ninguno podia mejor que él, ni con mas puntualidad y ménos pasion, informarle de todo lo que habia pasado, y dar su voto en lo que se hubiese de hacer; y así por esto habló al Virey con mucha libertad, pidiéndole diese su beneplácito para que el padre Ponce, que sabian estar en Yucatan, volviese á lo de México. El Virey con mucha cólera, echando juramentos y votos, cosa muy usada por él, respondió que en ninguna manera habia de entrar en la provincia mientras él gobernase; pero el padre Comisario replicó con tanto brio y eficacia de palabras y razones, que, despues de muchas que pasaron entre los dos, vino á conceder el Virey que entrase, y que esto fuese en el convento de Xalapa; habido este beneplácito, despachó el padre Comisario dos frailes á Yucatan, con cartas y recados para que el padre Ponce